



La villa miseria y el barrio cerrado: materialidades urbanas y exclusión social en La Virgen Cabeza y Las viudas de los jueves

por Sofia Ciavarella
(Università di Bologna)

RESUMEN: Este trabajo analiza las representaciones literarias del contexto social y urbano argentino de los años 90 en las novelas *La Virgen Cabeza* de Gabriela Cabezón Cámara y *Las viudas de los jueves* de Claudia Piñeiro. En diálogo con los aportes de Giorgio Agamben, Zygmunt Bauman, Josefina Ludmer y Gisela Heffes, el análisis comparativo se centra en la inscripción material de las desigualdades en dos espacios especulares: la villa miseria y el barrio cerrado. La primera se configura como un espacio saturado de basura, restos y cadáveres, donde los habitantes son percibidos como “residuos sociales”; en contraste, el barrio cerrado aparece como un enclave obsesionado por el control del paisaje y el proceso de selección de la comunidad. Las autoras representan estos espacios como archivos vivos de la desigualdad, donde las jerarquías sociales se inscriben en la geografía misma, y donde la frontera entre lo humano y lo no humano, lo útil y lo desechable, se vuelve porosa. Así, el análisis revela cómo estas obras proponen una mirada crítica sobre las formas en las que la organización física y material de los espacios refleja, reproduce y refuerza relaciones de poder, exclusión y desigualdad social.

PALABRAS CLAVE: biopolítica; villa miseria; barrio cerrado; literatura argentina contemporánea; Gabriela Cabezón Cámara; Claudia Piñeiro



En los años noventa, los planes de ajuste estructural implementados en Argentina para gestionar la deuda externa resultaron en la aplicación agresiva de políticas neoliberales. Según Mike Davis, quien reflexiona sobre el desarrollo de los *slums* a nivel mundial, este abandono por parte del Estado fue la causa principal del aumento de la pobreza y de la desigualdad, en particular en América Latina (19-21). Estas medidas provocaron también una migración de mano de obra desde las áreas rurales hacia la ciudad; sin embargo, ya que la urbanización no estuvo acompañada por un proceso de industrialización, se verificó una “urbanización sin crecimiento” cuya consecuencia ha sido la proliferación de áreas urbanas degradadas en las afueras de las ciudades y, en particular, de Buenos Aires (Davis 9). De esta forma, la ciudad se expandió y los límites entre ciudad y campo empezaron a desdibujarse, provocando una reconfiguración del tejido urbano y social.

Estos cambios económicos, políticos y sociales se ven reflejados también en la literatura argentina. Como escribe Josefina Ludmer, “se desvanece la literatura rural [...] y aparece una literatura urbana cargada de droga, de sexo y de violencia. Esta literatura borra las fronteras entre lo rural y lo urbano. [...] En las ficciones (y en la realidad) la ciudad latinoamericana se barbariza” (127-128). Esta nueva literatura se ocupa de representar la crisis de los noventa, que culminará con las revueltas populares de diciembre de 2001, y lo hace contextualizando las narraciones en espacios nuevos y fragmentados “que funcionan como islas, con límites precisos” (130).

Las dos novelas analizadas en este trabajo, *La Virgen Cabeza* (2009) de Gabriela Cabezón Cámara y *Las viudas de los jueves* (2005) de Claudia Piñeiro, exploran esta crisis a partir del surgimiento de dos tipos de urbanizaciones: la villa miseria y el barrio cerrado. El ensayo se propone indagar cómo estas urbanizaciones, con todas sus características, están relacionadas con prácticas biopolíticas específicas que reflejan las jerarquías humanas entre las diferentes clases sociales y que clasifican ciertas vidas como desechables y otras como merecedoras de protección. En la primera parte, el análisis de *La Virgen Cabeza* se articula a partir de los conceptos de “exclusión inclusiva” de Giorgio Agamben y de “daños colaterales” de Zygmunt Bauman, en diálogo con las reflexiones de Gisela Heffes sobre las “políticas de reciclaje forzado”. En particular, se indaga la representación de la villa y de sus habitantes como espacio e identidades marginales que, al encontrarse al mismo tiempo dentro y fuera del orden jurídico, son consideradas descartables por la sociedad. En la segunda parte, el análisis de *Las viudas de los jueves* retoma estas mismas problemáticas para indagar el barrio cerrado como su reverso especular: a partir de las reflexiones de Bauman sobre los guetos voluntarios y la “seguridad de la mismidad” y en continuidad con los aportes de Heffes sobre la producción, circulación y eliminación de los desechos, el *country* aparece como un espacio de encierro voluntario que busca garantizar la protección de ciertas vidas mediante la vigilancia, la homogeneización social y el control del paisaje.



“LA PIRÁMIDE SOCIAL SE HACE GEOGRAFÍA”: EL ADENTRO-FUERA DE LA VILLA

Al introducir el concepto de biopolítica, Michel Foucault remarca como una de las características de la época moderna la entrada de la vida dentro de los mecanismos del poder estatal. Este poder del Estado sobre la vida del hombre como ser viviente (*biopoder*) es lo que el autor llama “estatización de lo biológico” (217). Más recientemente, el filósofo italiano Giorgio Agamben expresó la necesidad de completar la tesis foucaultiana. A partir de la división presente en la Grecia antigua entre *zoé*, entendida como “el simple hecho de vivir, común a todos los seres vivos”, y *bíos*, “la forma o manera de vivir propia de un individuo o un grupo” (9), Agamben afirma que esta oposición sólo es aparente, ya que la política occidental se ha construido sobre la exclusión de la vida natural (o *nuda vida*), que es al mismo tiempo una inclusión de la misma dentro de la vida cualificada (16). La vida cualificada implica una *exclusión inclusiva* (es decir, una excepción) de la vida natural dentro de la política (17). Por lo tanto, según Agamben, la novedad introducida en la época moderna no es la entrada de la *zoé* dentro de la política, ya que siempre estuvo de alguna forma incluida, si no que

en paralelo al proceso en virtud del cual la excepción se convierte en regla, el espacio de la nuda vida que estaba situada originariamente al margen del orden jurídico, va coincidiendo de manera progresiva con el espacio político, de forma que exclusión e inclusión, externo e interno, *bíos* y *zoé*, derecho y hecho entran en una zona de irreductible indiferenciación. (19)

Para Agamben, la *exclusión inclusiva* es un tipo de relación que incluye algo (o alguien) a través de su exclusión y que, por lo tanto, representa una *relación de excepción* (31).

Las relaciones topológicas entre exterior/interior introducidas por el concepto de *exclusión inclusiva* pueden ser útiles para pensar el territorio urbano de la villa en la que está ambientada la novela *La Virgen Cabeza*. Las villas miserias empezaron a surgir en Argentina a principios del siglo XX, pero se desarrollaron rápidamente a finales del siglo y a principios del siglo XXI. Davis las define como asentamientos informales en la periferia urbana hiperdegradada que no cuentan con infraestructuras y servicios esenciales y que se encuentran en situaciones de extrema precariedad a causa de las amenazas tanto estatales como naturales (16). Siguiendo a Ludmer, la villa también puede ser considerada una “isla”, es decir, como un territorio que surge a partir de la fragmentación del tejido urbano y que ocupa al mismo tiempo un lugar interno y externo a la sociedad (131).

La novela de Cabezón Cámara está ambientada principalmente en la villa miseria El Poso, un asentamiento ubicado en las afueras de Buenos Aires, “al costado de la autopista rumbo al Delta” (32). Las protagonistas y narradoras son la travesti médium villera Cleo, líder espiritual y social de la villa, y su amante, la periodista Qüity, quien llega a El Poso con el objetivo de escribir una crónica. Bajo consejo de la Virgen, y como estrategia para hacer frente a la pobreza, la escasez de recursos y las frecuentes inundaciones que afectan el asentamiento, los habitantes de la villa deciden recolectar



toda el agua en una cuenca y criar carpas. El proyecto les permite alcanzar cierto bienestar, que, sin embargo, se ve interrumpido abruptamente cuando la villa es desalojada para construir un emprendimiento inmobiliario privado. El enfrentamiento entre villeros y policías termina en una masacre, tras la cual las dos mujeres logran sobrevivir y huir a Miami, donde Cleo se vuelve una estrella de cumbia y desde donde nos cuentan su historia.

La narradora principal es Qüity, cuya posición resulta, desde el principio, ambigua. Se nos presenta como una observadora externa, vinculada al mundo periodístico y letrado.¹ Ella misma reconoce haber llegado a la villa motivada por un concurso cuyo dinero le permitiría dedicarse a otras actividades; es decir, es un personaje *outsider* e interesado. Sin embargo, a lo largo del relato, su implicación afectiva y material en la vida de la villa problematiza constantemente esa distancia y desestabiliza la frontera entre observación y participación. Esta ambigüedad se manifiesta también a nivel enunciativo: al narrar la experiencia en El Poso, el “yo” de Qüity oscila y se desplaza hacia un “nosotros”,² señalando una forma de pertenencia que, sin embargo, es siempre parcial e inestable. Esta inestabilidad es subrayada por la voz de Cleo, que interviene en capítulos específicos para disputar y tensionar el relato de Qüity a través de grabaciones que irrumpen en el texto.

Desde esta posición que oscila entre el afuera y el adentro, Qüity nos proporciona la mayoría de las descripciones tanto de la villa como de los acontecimientos. Es ella quien nos presenta la villa por primera vez: “Está en la parte más baja de la zona: todo va declinando hacia ella suavemente menos el nivel de vida que no declina, se despeña en los diez centímetros de la muralla” (30). Aprendemos también que por su ubicación “El centro de El Poso se inundaba [...] La pampa se ondula de trecho en trecho y en esos trechos la pirámide social se hace geografía; el agua cae para abajo, claro, y, todavía más claro, abajo están las villas” (43). Desde el principio, podemos ver las dos características de la villa que le dan su nombre. Por un lado, la villa es un hoyo rodeado por una muralla, lo que recuerda la estructura de un pozo. Asimismo, las inundaciones y las napas de agua que caracterizan la villa refuerzan la similitud. Por otro lado, la palabra “poso” se refiere a un sedimento. Éste puede ser material, refiriéndose a los desechos, como por ejemplo “los restos del naufragio” que incluyen “cartones de vino, jeringas, botellas de plástico y pañales” (43), pero también social. De hecho, entre los restos no es difícil

¹ La formación de Qüity en letras clásicas acentúa la distancia inicial entre su pertenencia al mundo letrado y el universo material y cultural de la villa. No obstante, esta distancia no se traduce en una imposibilidad de contacto o de tránsito entre ambos registros. Al contrario, como es típico de las obras de Cabezón Cámara, las referencias cultas y las referencias populares conviven y se superponen: nos encontramos con la Laura de Petrarca al lado de *Laura se te ve la tanga* de Damas Gratis. Este cruce desestabiliza la jerarquía entre lo “alto” y lo “bajo” y refleja la permeabilidad que caracteriza la experiencia de Qüity en la villa.

² “La prensa empezó a hablar del «sueño argentino» para referirse a nosotros” (75); “Cleo sigue jurando que la Virgen cumplió su parte y que rogó y sigue rogando por aquellos de nosotros que murieron” (49); “Nosotros cogíamos también, claro, pero no nos reproducíamos” (68); “Y éramos Dios, algo de lo sagrado circulaba entre nosotros” (80).



encontrar cadáveres y en este sentido, las personas que habitan la villa son “residuos sociales” (Davis 12).

Como escribe Qüity, la geografía se vuelve un reflejo de la sociedad, y en este caso la villa con sus habitantes ocupan el lugar más bajo en la escala de la distribución social de la riqueza. Retomando un concepto de Bauman, podemos afirmar que los villeros pertenecen a una “clase marginal”. Según el autor, el término indica una falta de función y de posición dentro de la sociedad: se trata de un grupo considerado parasitario, ya que no contribuye al bienestar común. Esta clase se encontraría, por lo tanto, en una situación paradójica, ya que “puede estar ‘en’ la sociedad, pero claramente no es ‘de’ la sociedad” (Bauman, *Daños* 11-12). Por consiguiente, la clase marginal se encuentra al mismo tiempo dentro y fuera de la colectividad.

Siguiendo a Bauman, podemos ver cómo esta categoría de clase marginal se relaciona también con el concepto de “daños colaterales”. Con este término prestado por el vocabulario militar, el autor se refiere a esas consecuencias de alguna operación que no habían sido tomadas en cuenta cuando se decidió llevarla a cabo (o, más frecuentemente, a consecuencias que si bien habían sido tomadas en cuenta, se consideraban secundarias y desdeñables respecto al éxito de la operación). Sin embargo, Bauman subraya las relaciones de poder entre quienes toman las decisiones, que podrían tener efectos colaterales, y las personas víctimas de éstas. Por ejemplo, es más probable que una persona pobre y racializada sea considerada desechable que una persona rica y blanca. Esto es lo que el autor llama “afinidad selectiva entre la desigualdad social y la probabilidad de transformarse en víctima de las catástrofes” (14). Por lo tanto, los villeros, en cuanto clase marginal, tienen más probabilidades de convertirse en “daños colaterales”.

En los pasajes de la novela citados anteriormente, se mencionan las frecuentes inundaciones de El Poso, que “Arrastra[n] los ranchitos más precarios y de vez en cuando ahoga[n] a alguno” (Cabezón Cámara 43). A pesar de que estos eventos parecen ser atribuibles a la naturaleza, en realidad no es difícil imaginar el factor humano que contribuye a esas muertes. Por ejemplo, podríamos preguntarnos por qué esas personas están obligadas a vivir en zonas de alto riesgo por inundación. Asimismo, constataríamos que hay medidas de regulación y contención que el Estado podría tomar para convertir esa zona en un área más segura. Finalmente, podríamos argumentar que las inundaciones no solamente son un fenómeno natural que se vuelve catástrofe a causa de la negligencia estatal de ciertas áreas, sino que son agudizadas por medidas que apuntan a proteger ciertas zonas a expensas de otras. Esta misma problemática de las inundaciones reaparece, de manera significativa y especular, en *Las viudas de los jueves*; sin embargo, en este caso el agua no es un accidente o una catástrofe natural, sino el objeto de una gestión deliberada para evitar la inundación: “se bombea el agua y luego el mismo arroyo la saca fuera del club. Alguna vez se quejó la Municipalidad porque el problema del agua aparece ahora en el barrio de Santa María de los Tigrecitos” (Piñeiro 58). Tanto la villa como la “Barriada Satélite” (82) de Santa María de los Tigrecitos, que ocupa en la novela de Piñeiro una función análoga a El Poso, se configuran como afueras necesarios y funcionales, convertidos en “daños colaterales” para preservar la seguridad del interior.



Como se ha visto con el fenómeno de las inundaciones, las catástrofes de las que se vuelven víctimas las personas más pobres, incluso cuando pueden parecer catástrofes naturales, siempre tienen un componente humano que las agudiza o incluso las desencadena. En el texto de Cabezón Cámara, esta tensión entre causas naturales o humanas es señalada hacia el final de la novela, cuando la villa es desalojada por la policía, provocando numerosas muertes y el éxodo de los sobrevivientes:

No fue como un tsunami ni como un terremoto ni como un alud. O sí, pero entonces vivíamos como los que viven en tierras en las que se sabe que pueden suceder. Ahí se teme al terremoto, se trata de huir el tsunami y se construyen barricadas contra el alud, pero siempre que suceden sorprenden [...] Porque no se puede estar listo para el desastre; los que están preparados lo evitan, se le sustraen. Quiero decir que nadie está listo, por ejemplo para un bombardeo; salvo el que puede huir del bombardeo y entonces el bombardeo no sucedió. (Cabezón Cámara 120)

En este pasaje la narradora remarca en primer lugar la precariedad de la villa al afirmar que son zonas donde las catástrofes son esperadas. En segundo lugar, al comparar el desalojo con el tsunami, desdibuja los límites entre amenazas naturales y amenazas humanas, y denuncia las relaciones de poder por las cuales “para ellos, los más fuertes, su deseo está hecho de naturaleza, tiene el mismo peso que la ley de gravedad” (136). Finalmente, devela también esa “afinidad selectiva” entre pobreza y probabilidad de convertirse en una baja colateral, al señalar que tener la posibilidad de huir de una catástrofe es un privilegio.

Asimismo, en la novela se representa el diálogo entre Daniel, un periodista amigo de los villeros, y el Jefe de policía que ordenó el desalojamiento de la villa: “Que él había ordenado que despejaran la zona, dijo, que si alguien pensaba que podrían haberla despejado sin matar a nadie. [...] Además, agregó, ‘no fue mi orden dispararle a un nene, yo no pedí eso, que despejaran la zona pedí. Lo mío es pensar negocios [...] ordené despejar, no matar’” (137). Aquí, vemos cómo las personas en posiciones de poder, en este caso el Jefe, intentan negar la responsabilidad de sus acciones, justificándose con haber ordenado la acción (desalojamiento), pero no sus consecuencias (muertes). Sin embargo, las consecuencias estaban previstas desde el principio; simplemente, las muertes constituían un riesgo administrable frente a la riqueza que podría aportar ese territorio.

Como hemos visto con Bauman, las vidas marginales se vuelven víctimas con más frecuencia porque su importancia es, ante los ojos de los que están en posiciones de poder, mínima: sus vidas son desechables. En este sentido, volviendo a Agamben, la villa es un espacio de *exclusión inclusiva*; sus habitantes están al mismo tiempo dentro y fuera del orden jurídico: excluidos porque sus derechos como ciudadanos son negados, pero por medio de esta misma exclusión, incluidos. Esta relación de excepción es, para Agamben, también una puesta al bando: “El que ha sido puesto en bando no queda sencillamente fuera de la ley ni es indiferente a ésta, sino que es abandonado por ella, es decir que queda expuesto y en peligro en el umbral en que vida y derecho, exterior e interior se confunden” (44). Esta condición de abandono regulado permite leer la villa como un espacio donde la violencia no es excepcional, sino estructural y administrada.



MUERTOS QUE SE HACEN SUELO Y VIVOS QUE EMERGEN DEL BARRO: LA VILLA ECOLÓGICA

En este limbo entre vida y derecho abandonado por el Estado, la vida natural y la vida calificada se confunden; tanto los límites entre humanos como los límites entre humano y no-humano se borran. En primer lugar, la villa es una mezcla de diferentes nacionalidades, sexualidades, religiones y profesiones (informales), evidenciada por una enumeración desbordante: “travestis, paraguayos, pibes chorros, peruanos, evangelistas, bolivianos, ucranianos, porteños, católicos, putas, correntinos, umbandas, cartoneros, santiagueños y todas sus combinaciones posibles” (Cabezón Cámara 64). Pese a esta heterogeneidad, que reúne varias identidades marginadas, la villa en cuanto isla “borra las diferencias sociales e iguala a sus habitantes porque los une por rasgos preindividuales, biológicos, postsubjetivos” (Ludmer 132). La consideración de estas vidas en su nivel más natural, en el sentido de *nuda vida*, y por lo tanto su exposición a la muerte, es lo que tiene en común esta multitud variada; es una reducción a su estado animal.

Esta uniformación es evidente, como sugiere Ludmer, en el subsuelo de la villa. Cuando los villeros empiezan a excavar para sacar agua de las napas subterráneas para construir el estanque, “El chorro reventó las entrañas de la tierra, quebró el tejido de huesos, raíces, muertos y gusanos: fue una fiesta de basura antigua y arqueología contemporánea” (Cabezón Cámara 61). El subsuelo compacta todo sin discriminar: personas, plantas, basura, animales. Todo se vuelve “humus” (62) y barro: “Kevin, Jonás, la Jéssica, todos se me hacían suelo” (6). El subsuelo se sigue alimentando de la villa, de sus nuevos muertos y de nueva basura. La proliferación de los muertos de todas las épocas, “de tierra adentro y de tierra afuera, muertos de todos los colores” (64) también establece la villa como lugar de concentración de la violencia por excelencia.

El suelo de El Poso es, por lo tanto, una frontera porosa: por un lado, el subsuelo se nutre de todo lo viviente y no-viviente, humano y no-humano que llega a la villa; por otro lado, la villa misma parece emerger del suelo (“estábamos tan hundidos en el barro que parecíamos emerger de ahí”, [43]), al mismo tiempo que se alimenta de ello gracias al agua sacada de las napas. En este lugar, todo se revuelve, se crea un círculo, un intercambio constante entre el arriba y el abajo, el adentro y el afuera. Es una “villa ecológica” (98) donde todo se recicla, empezando por la comida. Lo que quedaba arriba de la mesa de los villeros alimentaba las carpas, que después terminaban ellas mismas arriba de la mesa; o se lo comían los gatos, peleándose con las aves, que se peleaban con las ratas, que se convertían en alimento de las carpas cuando se ahogaban en el estanque. Y de esta forma, la basura comida por las ratas terminaba alimentando a los propios villeros.

La descripción de este ciclo cerrado de reutilización extrema permite leer la villa, a partir de las reflexiones de Gisela Heffes sobre los desechos en el marco de la biopolítica global, como un espacio en el que la supervivencia se organiza en torno a la circulación y reabsorción constante de los residuos. En este contexto, afirma Heffes, se configura un “círculo vicioso en el que los desechos no humanos son reabsorbidos por desechos humanos [...] que ‘sobreviven’ por medio de la absorción de los primeros. Así,



el círculo no se quiebra; por el contrario, pareciera prolongarse de manera indefinida” (87-88). Este circuito corresponde a una “política del reciclaje forzado” (97) y la villa ecológica aparece como el resultado de la precariedad, ya que ciertos grupos no tienen otra opción que nutrirse de los desechos producidos por otros. Como veremos también en la novela de Claudia Piñeiro, esta jerarquía entre quienes producen basura y quienes se nutren de ella resulta en una deshumanización de las clases marginales, quienes son equiparadas con los desechos que consumen, convirtiéndose en “desechos sociales”.³

EL COUNTRY AMURALLADO: LA COMUNIDAD COMO “SEGURIDAD DE LA MISMIIDAD”

Como se ha visto, el aumento de la disparidad social y la distribución desigual de la riqueza desde finales de los años ochenta hasta principios de los años dos mil causaron una fragmentación del tejido social que resultó en una fragmentación del tejido urbano. Si, por un lado, la urbanización sin crecimiento llevó al surgimiento de las villas miseria donde quedaban recluidas las clases más marginales, por el otro lado aparecieron bajo el nombre de barrios cerrados unos enclaves fortificados donde se autorecluyeron las clases más altas, cuya migración fue favorecida sobre todo por la Ley de Convertibilidad de 1991. Esta minoría privilegiada, frente a la supuesta violencia y criminalidad de la ciudad, decide encerrarse dentro de estas comunidades exclusivas que le garantizan una ilusión de seguridad.

Las viudas de los jueves está ambientada en Altos de la Cascada, un barrio cerrado de la periferia de Buenos Aires, y se abre con el hallazgo de los cuerpos de tres hombres en la pileta de una de las casas del country. A partir de ese acontecimiento, la novela reconstruye retrospectivamente la vida de los habitantes del barrio y, en particular, las relaciones entre un grupo de matrimonios al que pertenecen las víctimas, al tiempo que va desentrañando los hechos que condujeron a esas muertes. De esta forma, más que articularse como una investigación retrospectiva, el texto devela de manera progresiva las tensiones económicas y sociales que atraviesan la comunidad, a partir de las cuales el “misterio” llega a ser comprendido. Entre los personajes centrales, destaca la agente inmobiliaria Virginia Guevara, una de las narradoras principales de la novela, quien, casi como por deformación profesional, nos invita dentro del country y nos explica su funcionamiento. Los capítulos narrados por Virginia se alternan con la voz de un narrador en primera persona plural que complementa el relato, deteniéndose en particular en las descripciones:

³ Por razones de espacio, el presente trabajo no se detiene ulteriormente en el análisis de la basura en *La Virgen Cabeza*, privilegiando una perspectiva comparada entre ambas novelas. Para una lectura centrada específicamente en la lógica y materialidad de los desechos dentro de la villa, ver Neuburger. Para una reflexión más amplia sobre los desechos y sus (re)significaciones sociales, culturales y estéticas, ver Heffes.



Altos de la Cascada es el barrio donde vivimos. Todos nosotros. [...] el nuestro es un barrio cerrado, cercado con un alabrado perimetral disimulado detrás de arbustos de distinta especie. Altos de la Cascada Country Club, o club de campo. [...] Con cancha de golf, tenis, pileta, dos club house. Y seguridad privada. Quince vigiladores en los turnos diurnos, y veintidós en el de la noche. Algo más de doscientas hectáreas protegidas a las que sólo pueden entrar personas autorizadas por alguno de nosotros. [...] Todo alrededor, bordeando el perímetro, y cada cincuenta metros, hay instaladas cámaras que giran ciento ochenta grados. (Piñeiro 17)

En este pasaje, uno de los muchos que se detienen sobre las minuciosas medidas de seguridad de Altos de la Cascada, el country emerge como un espacio en el que el Estado se ha retraído y en el que todo se ha privatizado. La seguridad no es ninguna excepción: al contrario, esta se convierte en un negocio, desde la construcción de una muralla externa hasta la instalación de cámaras de seguridad, pasando por la contratación de múltiples vigilantes.

Pero ¿de quiénes se están protegiendo? En su capítulo “El gueto como referencia”, Bauman escribe que la diferencia entre los guetos (como podríamos considerar la villa de *La Virgen Cabeza*) y los “guetos voluntarios” (como los barrios cerrados) es que estos últimos tienen como objetivo evitar que los de afuera entren (111). En este caso, los de afuera, es decir, los que no pertenecen a esa minoría privilegiada, son considerados como el enemigo en tanto desechos sociales o parásitos que minan la seguridad y el bienestar de las clases más altas. En la novela de Piñeiro los potenciales intrusos son los habitantes de la “Barriada satélite” de Santa María de los Tigrecitos (Piñeiro 74), que suministra trabajadores básicos para el country. Los Tigrecitos es descrito como un lugar carente de orden, donde las casas, en lugar de ser organizadas cuidadosamente como en Los Altos, crecen de forma desregulada. Asimismo, se presume que es un lugar muy inseguro: “Dicen que en Los Tigrecitos hay robos todos los días. Algunos dicen que se roban entre ellos, ellos dicen que vienen de otros barrios. Difícil saberlo” (75). Sin embargo, como se ha visto, “los de afuera” podrían ser también los habitantes de la villa El Poso, que también confina con un country privado: “empezaron a publicar noticias sobre crímenes cometidos por los pibes. Los hacían otros pibes que arreaban de las villas vecinas, pero para la opinión pública un negro es igual a otro y cuando se rectificaba la información ya era tarde, ya se había instalado la sensación de que éramos unos lobos” (Cabezón Cámara 122).⁴ En ambos casos, los habitantes de esos barrios son considerados peligrosos por ser pobres. Sin embargo, esta asociación entre pobreza y criminalidad se basa frecuentemente en rumores (como en el caso de Los Tigrecitos) o difamaciones (como en el caso de El Poso) cuyo objetivo es reforzar prejuicios y difundir odio.

Un peligro adicional representado por el afuera es su heterogeneidad, como se ha visto con los habitantes de El Poso. La separación entre los de afuera y los de adentro tiene como objetivo la construcción de una comunidad interna homogénea que tendría que garantizar la armonía social. Por esta razón, la admisión dentro de los barrios

⁴ La metáfora de los lobos remite a un proceso de animalización que homogeneiza los habitantes de la villa como amenaza, además de legitimar tanto su exclusión como su eliminación.



privados es muy selectiva, no sólo a nivel económico, sino que también a nivel social: "Sería incapaz de venderle la casa de un amigo a cualquiera. En Altos de la Cascada todas las casas son o fueron de un amigo. Y todos los nuevos que llegan son potenciales amigos" (Piñeiro 46). En primer lugar, para tener la posibilidad de comprar una casa, es necesario ser parte del círculo social de alguien que ya pertenece al country. En segundo lugar, existe también una selección, oficial o no oficial, basada en la pertenencia a ciertas comunidades religiosas o raciales que no sean familias católicas blancas. Por ejemplo, una pareja judía es aceptable, pero cuando Virginia vende una casa a una segunda familia judía, las quejas no tardan en llegar. Además, algunas comunidades no son bienvenidas ni siquiera en calidad de invitados, como es el caso de los coreanos a quienes se les impide la renta de las canchas de golf.

Finalmente, a las diversidades a las que no se les puede impedir el acceso se las intenta homologar con la fuerza. Es el caso de los hermanos adoptados por los Andrade, Ramona y Pedro, cuyos orígenes son inciertos, pero se especula que podrían llegar de Corrientes o de Tucumán. Mariana, su mamá, está obsesionada con el color de piel y con el aspecto físico de los niños, obligando a Ramona a hacer dietas y a no exponerse al sol, al mismo tiempo que intenta blanquear el pelo de Pedro lavándolo con manzanilla. Además, impone un nuevo nombre a Ramona, quien es rebautizada Romina, ya que el suyo no era adecuado a su nueva identidad. Esta voluntad de homologación de los habitantes es lo que Bauman llama "seguridad de la *mismidad*" ("El gueto" 116), que se manifiesta principalmente en la ausencia de la amenaza de la otredad, de la diferencia. Por lo tanto, en su nueva concepción, "Comunidad equivale a aislamiento, separación, muros protectores y verjas con vigilantes" (111).

La organización social y espacial del barrio cerrado analizada hasta este punto encuentra tanto su correlato como su cuestionamiento en la estructura narrativa de la novela a través de la ya mencionada alternancia entre la voz de Virginia y la voz colectiva. Por un lado, la primera persona plural encarna el punto de vista hegemónico del country a través de una mirada que naturaliza la segregación espacial, la privatización de los servicios, el consumo como símbolo de estatus, la vigilancia permanente como condiciones necesarias y deseables. Al hablar en nombre de "todos nosotros", el narrador colectivo borra las diferencias internas (económicas, sociales, morales) y construye una ilusión de consenso que reproduce el imaginario de seguridad y orden. Lejos de remitir a una comunidad solidaria, como ocurre en algunos momentos en *La Virgen Cabeza*,⁵ esa voz colectiva es construida para reflejar una comunidad defensiva, definida por la exclusión del afuera y la reafirmación constante de la mismidad.

Por otro lado, la voz de Virginia introduce fisuras significativas dentro de este discurso homogeneizador. Pese a ser ella misma es una "mujer de country" y a participar en la vida de la comunidad, Virginia está consciente de ciertas tensiones económicas y sociales que atraviesan su vida y la de sus vecinos: "Veníamos de varios meses de crisis

⁵ "Era así, desde su centro mismo la villa irradiaba alegría. Parecía cosa de la Virgen y Cleo, pero éramos nosotros, era la fuerza de juntarnos." (Cabezón Cámara 20)



económica, algunos lo disimulaban mejor que otros, pero a todos de una manera y otra nos había cambiado la vida. O nos estaba por cambiar” (Piñeiro 7). Por ejemplo, a diferencia de la mayoría de sus vecinos, sabe y acepta que su familia no puede seguir con el mismo estilo de vida: “Ya hacía unos años había aceptado que no podíamos pagar más personal doméstico de jornada completa, y sólo venía una mujer dos veces por semana a hacer el trabajo grueso” (7). Su narración, además, deja entrever un miedo persistente que desmiente la promesa de seguridad del country: un “miedo que había aparecido hacía unos meses y no me dejaba ni de día ni de noche” (10). Esta palabra se irá repitiendo varias veces a lo largo de la novela, cobrando importancia hasta llegar a aparecer en el final. Finalmente, es interesante notar que es justamente el trabajo de Virginia – que la diferencia de las otras “mujeres de country”, para quienes la idea misma de trabajar resulta impensable – lo que la vuelve un personaje particularmente apto para fisurar el discurso hegemónico. Al vender casas en el barrio, se ve obligada a confrontarse de manera directa con los efectos concretos de la y de las crisis que atraviesan a la comunidad, tanto la del barrio (en)cerrado como la nacional. Esta capacidad de Virginia de registrar lo que el discurso colectivo intenta evitar se materializa de forma muy clara en la libreta roja en la que anota los “efectos” de la crisis. En esas páginas, la protagonista registra la caída de las operaciones inmobiliarias, las ventas exitosas y las frustradas, el aumento de propiedades en alquiler, los cambios de hábitos de consumo de sus vecinos, exponiendo la fragilidad de la ilusión de estabilidad que el “nosotros” intenta sostener.

“BUSCANDO EL VERDE”: EL COUNTRY COMO ECOSISTEMA ARTIFICIAL

La lógica de exclusión del afuera y de homogeneización interna que, siguiendo a Bauman, define la “seguridad de la mismidad” en el country no se limita a la organización social de la comunidad, sino que se proyecta también sobre el entorno material y natural. En efecto, además de una seguridad lograda a través de amurallamientos, vigilancia y homologación social, una de las características principales de los barrios cerrados es el cuidado minucioso del ecosistema. En sus descripciones, la voz colectiva es muy atenta en explicar cada detalle de la construcción y organización del paisaje de Los Altos, a partir de las canchas de golf, que son el orgullo del barrio:

Pararse frente a la salida del hoyo 1 y dejar que la vista se pierda en el verde que parece nunca acabar es un privilegio que los que vivimos en Altos de la Cascada a veces nos valoramos lo suficiente. Hasta lo perdemos. Uno se acostumbra a lo que tiene, más cuando lo que tiene es maravilloso. [...] No hace falta ser golfista para disfrutar de semejante belleza natural. Natural porque es pasto, y árboles, y lagunas. Pero no natural porque el paisaje haya estado allí antes que nosotros. Antes eso era un pantano. La cancha la diseñó el ingeniero Pérez Echeverría [...] Hay especies arbóreas que fueron especialmente traídas de distintos viveros del país. Arbustos puestos por paisajistas, renovados todas las temporadas y mantenidos todas las semanas. Riego automático que se enciende todas las noches. Fertilizantes, insecticidas, abonos. El arroyo que cruza el hoyo 15 sí estaba antes de que nosotros llegáramos. Pero lo purificamos. Ahora es de un verde más turquesa, gracias a un tratamiento del agua y a ciertas algas que mantienen más aireado el ecosistema. Murieron los peces que estaban antes de la purificación.



Peces sin nombre, una especie de mojarritas marrones. Nosotros sembramos percas naranjas que se reprodujeron y hoy son las dueñas del arroyo. (Piñeiro 57)

Queda claro desde el principio que la “naturaleza” que buscan los habitantes de los barrios cerrados fuera de la ciudad no es una naturaleza libre y salvaje, ni siquiera propiamente natural. Se trata de un paisaje artificial, diseñado por los más famosos ingenieros y arquitectos. Como escribe Peter Krieger, “el paisaje no es ‘naturaleza’ pura, sino idea y construcción según la voluntad humana” (267). Esta naturaleza fabricada y manipulada es construida y gestionada de la misma manera que la comunidad del country: los habitantes son seleccionados, así como se seleccionan las mejores especies arbóreas y los peces para el arroyo. Estas imágenes nos remiten, por contraste, a El Poso, donde árboles “no hay de ninguna clase” (Cabezón Cámara 66) y las carpas, robadas del Parque Japonés, son alimentadas con sobras y ratas muertas. Sin embargo, en Los Altos, el mantenimiento permanente del entorno garantiza que cada elemento permanezca en el lugar que le ha sido asignado: el pasto y las plantas son sustituidos cada temporada y los arbustos son cortados meticulosamente para que parezcan naturales. El resultado es un ecosistema cuidadosamente calculado hasta en sus mínimos detalles.

Esta obsesión detallista se vuelve aún más evidente en la reacción del barrio cuando dicho el ecosistema se ve amenazado:

El tema de los perros cimarrones empezó a sonar a principios del 2001. En marzo de ese año apareció la primera advertencia [...] La nota la firmaba la Comisión de Medio Ambiente. “Ante la presencia de indeseables jaurías de perros cimarrones rogamos a los vecinos de Altos de la Cascada extremen los recaudos relacionados con el depósito de basura, utilizando a tales efectos recipientes cerrados con tapas que impidan la depredación.” (Piñeiro 151)

La llegada de los perros de la calle, tan distintos de los perros de razas seleccionadas que habitan el country, es percibida como una invasión. La amenaza es rápidamente desplazada hacia la basura, que aparece como su causa principal. Como consecuencia, el manejo de la basura, ya reglamentado, se vuelve aún más estricto bajo los órdenes de la Comisión de Medio Ambiente. Como escribe Heffes, las prácticas relacionadas con la basura “se inscribe[n] en un proyecto de orden y disciplinamiento: la basura, en tanto Otro, debe asimismo eliminarse” (108). El barrio responde, por lo tanto, mediante una higienización estricta de los hábitos relacionados con los desechos. En este sentido, Los Altos no está reaccionando únicamente al problema de los perros o de la basura, sino a una amenaza más amplia de contaminación proveniente desde afuera.⁶

Podemos reflexionar ulteriormente acerca de las prácticas de producción y destrucción de los desechos de Los Altos comparándolas con las de El Poso. Como

⁶ Al considerar las reacciones a las posibles amenazas procedentes desde afuera, también es importante remarcar la fecha: estamos a principios de 2001, cuando las tensiones sociales empiezan a agudizarse frente a la inestabilidad económica hasta explotar en las protestas de diciembre. Estas ansiedades sociales se vuelven más evidentes en las últimas páginas de la novela, cuando se teme una invasión de Los Altos por parte de los habitantes de Los Tigrecitos.



hemos visto, El Poso se constituye como una villa ecológica donde todo se alimenta de todo y todo se recicla forzosamente por falta de alternativas. Frente a este reciclaje extremo, Los Altos representa un modelo de consumo desmedido, según el cual cada ocasión es buena para comprar algo nuevo y costoso, aun cuando no exista la necesidad. Por ejemplo, imperfecciones mínimas son suficientes para dejar de usar algún vestimento: “¿Quiere que trate de zurcirla?”, dijo con timidez. Mariana la miró. “¿Alguna vez me viste usar algo zurcido?” (Piñeiro 48). Esta ropa considerada desechable por parte de los habitantes de Los Altos es tirada, regalada, o incluso vendida en ferias para las domésticas bajo el discurso de la solidaridad. Sin embargo, como señala Heffes:

la práctica de crear basura subraya y crea a su vez diferencias sociales basadas en un estatus económico, ya que lo que es basura para unos es de valor para otros [...] Los ricos pueden darse el lujo de descartar y, según el urbanista Kevin Lynch (1990), en aquellas sociedades donde la escasez material es la norma, descartar objetos es una forma notoria de ostentar poder. (Heffes 99)

Por lo tanto, lejos de ser actos de solidaridad, la concesión de esos objetos por parte de los ricos hacia sus dependientes funciona en realidad como un mecanismo de producción de jerarquías humanas entre quienes están dispuestos (u obligados) a utilizar la basura de otros, y quienes pueden darse el lujo de producirla.

CONCLUSIONES

A lo largo del presente trabajo, se han explorado la villa miseria y el barrio cerrado como urbanizaciones que se desarrollan de forma más intensiva a partir de la crisis económica, política y social de los noventa. Lejos de representar únicamente una reconfiguración del tejido urbano, estas urbanizaciones implican también una reconfiguración del tejido social, ya que inscriben en el territorio nuevas relaciones sociales. Ambas novelas, a pesar de adoptar un punto de vista principal – de la villa en *La Virgen Cabeza* y del barrio cerrado en *Las viudas de los jueves* – representan también el otro lado del muro, mencionando, en el primer caso el country privado que limita con El Poso y, en el segundo, la “Barriada satélite” de Los Altos. Estas representaciones sugieren el carácter especular de estas urbanizaciones, que constituyen los dos polos de la desigualdad social.

Como consecuencia de la crisis, como afirma Heffes, “no sólo el espacio urbano se fragmenta, sino que la noción misma de ciudadanía se resquebraja” (246). En este sentido, se ha observado cómo la organización geográfica de estos espacios coincide con una categorización y jerarquización de las personas que los habitan. El abandono por parte del Estado de ciertas existencias las coloca fuera del orden jurídico, creando conceptos de ciudadanía diferentes y desiguales, ya que no todos los ciudadanos pueden ejercer sus derechos de la misma forma. Por lo tanto, la población se divide entre quien puede acceder a sus derechos y quien, abandonado, es considerado como desechable.



Sin embargo, aunque ambas novelas representen espacios cerrados – ya sea en la forma de guetos, como es el caso de la villa, o en la forma de guetos voluntarios, como es el caso del country – así como las dinámicas materiales y simbólicas que aseguran su clausura, los textos también insisten en mostrar sus fisuras y puntos de fuga. Las novelas cuestionan la aparente impenetrabilidad de estos espacios y subrayan la fragilidad de las fronteras que parecen o se quieren infranqueables. Estas fisuras y aperturas resultan particularmente visibles en tres dimensiones: la inscripción de la Historia, las estrategias narrativas y las trayectorias de las protagonistas. En primer lugar, la Historia se filtra o reaparece tanto en la villa como en el country. En el caso de *Las viudas de los jueves*, uno de los atractivos de Los Altos es un “mágico olvido” (21) que pretende borrar el pasado tanto personal como colectivo. No obstante, la crisis económica y política se infiltra progresivamente en la vida cotidiana de los personajes, hasta hacerse ineludible en el contexto del colapso de 2001. En *La Virgen Cabeza*, en cambio, la Historia no irrumpe desde el exterior, sino que emerge desde el subsuelo: la estratificación de muertos de distintos tiempos y procedencias convierte a la villa en un archivo de violencias históricas que enlazan la conquista, la formación del Estado nación argentino y las violencias contemporáneas. En ambos casos, la Historia juega en contra de los mecanismos de encierro y de aislamiento.

En segundo lugar, como se ha intentado destacar mediante el análisis de las novelas, estas fisuras emergen también a través de la estructura narrativa de los textos. En *La Virgen Cabeza*, las continuas intromisiones de Cleo dentro de la narración de la *outsider vuelta casi insider* Qüity problematizan la separación entre el adentro y el afuera, así como la distancia entre observación y participación. En cambio, en la novela de Piñeiro, es la voz de Virginia, *insider vuelta casi outsider*, que erosiona paulatinamente el “nosotros” que debería reflejar la aparente homogeneidad del country. Finalmente, estas grietas se vuelven explícitas en las trayectorias de las protagonistas y en su salida física de los espacios cerrados. Por un lado, al final de *Las viudas de los jueves*, Virginia y su familia abandonan el barrio cerrado, sabiendo que deberán enfrentarse a la intemperie de las protestas sociales del diciembre 2001; eligen la inseguridad del espacio público frente a la aparente seguridad basada en una mismidad a la que sienten que ya no pertenecen. Es decir, como sugiere la pregunta de Virginia a su marido frente a la barrera de Los Altos, eligen el miedo. Por otro lado, en la novela de Cabezón Cámara, Cleo y Qüity salen del espacio de la villa y llegan a Miami, donde alcanzan fama y riqueza, y donde, sin embargo, construyen un bunker, que podría leerse como una reconfiguración del barrio cerrado en otras coordenadas. Mientras que, en el caso de *Las viudas de los jueves*, el final queda más abierto – la narración se interrumpe abruptamente cuando los personajes están a punto de salir – en *La Virgen Cabeza* la salida no implica una ruptura definitiva con la lógica del encierro.

En conclusión, las novelas analizadas, al explorar la crisis a través de la representación de las urbanizaciones especulares de la villa miseria y del barrio cerrado, no sólo denuncian la categorización y la jerarquización de las personas que habitan esos espacios, sino que también tensionan y problematizan sus pretensiones de clausura. Aun cuando estos espacios se configuran como dispositivos de separación y control, las



novelas insisten en la fragilidad de estas fronteras, atravesadas por la historia, por las voces que narran y por los desplazamientos de quienes los habitan.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Trad. Antonio Gimeno Cuspinera. PRE-TEXTOS, 1998.

Bauman, Zygmunt. "El gueto como referencia." *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Trad. Jesús Alborés. Siglo Veintiuno, 2003, pp. 107-120.

---. *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Trad. de Lilia Mosconi. Fondo de Cultura Económica, 2011.

Cabezón Cámara, Gabriela. *La Virgen Cabeza*. Ed. Kindle, Literatura Random House, 2019.

Davis, Mike. "Planet of Slums. Urban Involution and the Informal Proletariat." *New Left Review*, vol. 26, 2005, pp. 5-34.

Foucault, Michel. "Clase del 17 de marzo 1976." *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2000, pp. 217-237.

Heffes, Gisela. *Políticas de la destrucción, poéticas de la preservación : apuntes para una lectura (eco) crítica del medio ambiente en América Latina*. Beatriz Viterbo Editora, 2013.

Krieger, Peter. "Ecohistoria y ecoestética de la megalópolis mexicana. Conceptos, problemas y estrategias de investigación." *El historiador frente a la ciudad de México. Perfiles de su historia*, editado por Sergio Miranda Pacheco, IIH/UNAM, 2016, pp.257-277.

Ludmer, Josefina. "La ciudad. En la isla urbana." *Aquí América Latina. Una especulación*, Eterna cadencia, 2010, pp. 127-148.

Neuburger, Ana. "Hundidos en el barro. Imaginación espacial y desechos en La Virgen Cabeza." *Estudios de Teoría Literaria-Revista digital: artes, letras y humanidades*, vol. 10, núm. 21, 2021, pp. 44-54.

Piñeiro, Claudia. *Las viudas de los jueves*. Ed. Kindle, Alfaguara, 2014.

Sofia Ciavarella es doctoranda en Letras Hispanoamericanas en el *Dipartimento di Lingue, Letterature e Culture Moderne* de la *Università di Bologna*. Su proyecto de investigación se centra en las reescrituras de los imaginarios nacionales en la narrativa especulativa argentina contemporánea. Ha realizado intercambios académicos y estancias de investigación en Argentina, Chile, México y en el Reino Unido.

<https://orcid.org/0009-0003-5710-2251>

sofia.ciavarella@unibo.it



TITLE: *The Villa Miseria and the Gated Community: Urban Materialities and Social Exclusion in La Virgen Cabeza and Las viudas de los jueves*

ABSTRACT: This article analyses the literary representations of the Argentinian social and urban context of the 1990s in Gabriela Cabezón Cámara's *La Virgen Cabeza* and Claudia Piñeiro's *Las viudas de los jueves*. Drawing on the theoretical and critical contributions by Giorgio Agamben, Zygmunt Bauman, Josefina Ludmer and Gisela Heffes, this comparative analysis focuses on how inequality is inscribed in the opposing urban spaces of the villa miserica and the gated community. The former is depicted as a space saturated with garbage, remains and corpses, where its inhabitants are perceived as "social waste"; in contrast, the gated community is represented as an enclave obsessed with controlling the landscape and selecting its members. In both novels, these spaces are portrayed as living archives of inequality, where social hierarchies are inscribed into the geography itself, and where the boundaries between the human and the non-human, the useful and the disposable, become porous. The analysis thus reveals how these works offer a critical perspective on how the physical and material organisation of space reflects, reproduces and reinforces relations of power, exclusion and social inequality.

KEY WORDS: biopolitics; slums; gated community; Contemporary Argentinian Literature; Gabriela Cabezón Cámara; Claudia Piñeiro
